



Title	Antonio Machado y la educación
Author(s)	García Naranjo, Josefa
Citation	Estudios Hispánicos. 2020, 44, p. 11–28
Version Type	VoR
URL	https://hdl.handle.net/11094/98048
rights	
Note	

The University of Osaka Institutional Knowledge Archive : OUKA

<https://ir.library.osaka-u.ac.jp/>

The University of Osaka

Antonio Machado y la educación

Josefa GARCÍA NARANJO

Resumen

Este artículo aborda la relación del poeta andaluz Antonio Machado con el mundo de la educación y sus ideas pedagógicas. Su labor como profesor de instituto en diversos lugares de España está íntimamente relacionada con dos factores: por un lado, una larga tradición familiar de profesores y académicos y por otro, su etapa como alumno de la Institución Libre de Enseñanza, un centro pionero en la innovación educativa europea del momento. Analizaremos algunos textos en los que el autor expone sus ideas acerca de la enseñanza. Por último, concluiremos con un pequeño análisis de uno de sus poemas más conocidos, en el que aborda de forma sutil y simbólica los problemas de la educación en España.

Abstract

This article studies the relationship of Andalusian poet Antonio Machado with the world of education. His job as a high school teacher in various places in Spain is closely related to two factors: on the one hand, a long family tradition of teachers and academics and on the other, his stage as a student of the Free Institution of Education, a pioneer center in the European educational innovation of the moment. We will analyze some texts in which the author exposes his ideas about teaching. Finally, we will conclude with a little analysis of one of his best known poems, in which he subtly and symbolically addresses the problems of education in Spain.

KEYWORDS: literature, education, teaching, poetry, Spain, pedagogy, history.

1. Introducción

Con motivo de la próxima inauguración del campus en el que se instalará el nuevo

edificio de la Escuela de Graduados de Estudios Internacionales, se hará pública una estructura en la que figurarán frases y versos de autores de las distintas lenguas que se estudian en dicho centro. Entre ellas se podrá leer “Caminante no hay camino; se hace camino al andar” del poeta andaluz Antonio Machado. Este hecho puntual y simbólico nos ha llevado a revisar las ideas pedagógicas de este profesor-escritor, que vivió una época de profundas renovaciones en el mundo de la enseñanza.

2. Precedentes familiares

Podríamos indagar los orígenes ideológicos de nuestro poeta en su bisabuelo, José Álvarez Guerra, desterrado en Francia por sus razones políticas en 1826 y autor de un libro sobre metafísica, que recuerda en algunos fragmentos la obra del bisnieto. No obstante, quizás se ajuste más a nuestro objetivo la figura de su abuelo, Antonio Machado y Núñez, fallecido, según consta en la lápida de su tumba en el Cementerio Civil de Madrid, el 24 de julio de 1896. Fue alcalde de Sevilla de ideología republicana, gobernador civil de la provincia y ejerció como enfermero, médico, rector de la universidad hispalense, naturalista, geólogo, botánico, antropólogo y ornitólogo. Nació en Cádiz en 1812, participó como practicante durante la primera guerra carlista (1833-1840) y marchó a Guatemala, donde vivía ya su hermano Manuel. Allí enriqueció ejerciendo la medicina. Antes de volver a España visitó La Habana, Honduras, Centroamérica y México. De España pasó a París, donde trabajó con Antoine Becquerel y con Prévost y se empapó del espíritu liberal y republicano. Tras un viaje por Europa optó por la enseñanza de la medicina en la Facultad de Ciencias Médicas de Cádiz, después de un caso en el que perdió a una joven paciente. Más tarde llegó a ser catedrático de Física y Química en Santiago de Compostela, ciudad en la que nació el padre de Antonio Machado, y profesor de Historia Natural en Sevilla. Apasionado de las ciencias, hizo pública en conferencias su oposición frontal a la fiesta de los toros, a la que tenía por “afición de los españoles a las escenas de sangre y de escándalos” (Gibson). En 1868 se une a “La Gloriosa”, la revolución que acabó con el reinado de Isabel II y que empezó precisamente en Cádiz, invocando la constitución de 1812, con un manifiesto en el que se habla, entre otras muchas cosas, de “tiranizada la

enseñanza”, que estaba principalmente en manos de la Iglesia. Vemos aquí un claro precedente familiar de nuestro poeta, que, aunque fue un hombre preocupado por el aspecto religioso y espiritual del ser humano, criticó en su obra la hipocresía religiosa española en poemas como “Llanto de las virtudes y coplas por la muerte de Don Guido”, que forma parte de *Campos de Castilla* (Machado, 2016: 222):

Gran pagano,
se hizo hermano
de una santa cofradía:
el Jueves Santo salía,
llevando un cirio en la mano
—jaquel trueno!—
vestido de nazareno.

En “El mañana efímero” también arremete contra la religiosidad popular, a la que asocia con la incultura y la ignorancia (Machado, 2016: 225):

Esa España inferior que ora y bosteza,
vieja y tahúr, zaragatera y triste;
esa España inferior que ora y embiste,
cuando se digna usar de la cabeza . . .

El abuelo de Antonio Machado se enfrentó a parte de la sociedad sevillana, que amparaba la intervención de la religión en los estudios científicos. Influido por el pensamiento de Karl Christian Friedrich Krause (1781-1832), Machado y Núñez fue un firme difusor y defensor de las ideas de Darwin en España. En 1873, con motivo de la apertura del curso académico de la Universidad de Sevilla, da un discurso en su calidad de rector titulado “Males y remedios de la Instrucción Pública”, en el que apuesta por la enseñanza de las ciencias y critica la falta de medios con la que trabajan los profesionales. Con la llegada de la restauración borbónica lo destituyen (o dimite) a causa de su protesta por el destierro de Nicolás Salmerón y Francisco Giner de los Ríos. El interés de los Machado por la educación lleva al abuelo a ganar la cátedra de Zoografía de Madrid, donde fallece en 1896. Este traslado propiciará el encuentro de sus nietos con la Institución

Libre de Enseñanza.

Crecido en este ambiente liberal, científico y republicano, el padre de Antonio Machado, Antonio Machado Álvarez, se traslada a Madrid, entra en contacto con los círculos krausistas republicanos y funda la revista *El Obrero de la Civilización*. Debido a una enfermedad, regresa a Sevilla, donde termina la carrera de Derecho. Poco a poco aumenta su interés por la literatura popular, adopta el pseudónimo de “Demófilo” y en 1872 publica con Federico de Castro, *Cuentos, leyendas y costumbres populares*. Se casa con una muchacha del barrio de Triana, Ana Ruiz, que será la madre de nuestro poeta. Tras el nacimiento del primer hijo, el también poeta Manuel, los Machado se trasladan a los bajos del Palacio de Dueñas, residencia de los duques de Alba en Sevilla, donde nacerá Antonio en 1875. El niño acudió a la escuela del maestro Antonio Sánchez Morales, nombrado por el ayuntamiento en 1869, época de “La Gloriosa”, por lo que se le suponen ideas progresistas. Por aquella época Demófilo es director de la “Sección de Literatura Popular” de la revista *La Enciclopedia* y colaborará con el filólogo alemán Schuchardt en la monografía *Die Cantes Flamencos*, el primer estudio sobre flamenco publicado fuera de España. A imitación de una institución británica, funda la Sociedad El Flok-Lore Andaluz y publica en Sevilla en 1881 una *Colección de cantes flamencos recogidos y anotados por Demófilo* (Machado y Álvarez).

El padre de Antonio Machado sigue los pasos del abuelo en 1883 y se traslada con sus hijos y su mujer a Madrid, a una casa del barrio de Salamanca cercana a la Institución Libre de Enseñanza.

Como se puede apreciar, el trasfondo familiar de Antonio Machado está impregnado por una parte, de un amor por la difusión, la pedagogía y la enseñanza; por otra, por un ideario progresista que bebe del liberalismo francés decimonónico y de las nuevas ideas científicas de finales de siglo, como el krausismo y el darwinismo. Estos precedentes terminarán de dar forma al pensamiento pedagógico de nuestro autor en el crisol de la Institución Libre de Enseñanza.

3. Contexto cultural educativo

Aunque en la época que aproximadamente nos ocupa hubo otras figuras relevantes

en el mundo de la pedagogía, como el catalán Francisco Ferrer y Guardia (1859-1909), promotor de la Escuela Moderna y defensor de la coeducación por sexos, el laicismo, la ausencia de competición y el desarrollo integral del niño, la influencia directa más clara de un sistema educativo le llegó a Machado de la mano Francisco Giner de los Ríos. Su método de aprendizaje intuitivo fue el precursor de las metodologías basadas en el aprendizaje significativo y activo y supone el comienzo en España de un cambio en los anacrónicos sistemas pedagógicos, al introducir la ciencia desde tempranas edades. En su obra *Educación y enseñanza* podemos leer ideas como esta:

“El profesor que reduce su obra a pronunciar una serie de conferencias en discursos seguidos, puede aislar de su auditorio en cierto límite, hablar más para sí propio y entregarse a la serie de pensamientos que van interesando su atención. En una enseñanza de *laboratorio*, por decirlo así familiar, cooperativa, socrática, aquel aislamiento es imposible. No hay modo de evitar las preguntas, observaciones y reparos con que el discípulo nos obliga a tenerlo siempre delante y a ocuparnos de sus necesidades mentales” (Giner de los Ríos: pos. 770).

Nacido en Ronda (Málaga) en 1839, año en el que se crearon en España las primeras Escuelas Normales para la formación de profesorado, Giner de los Ríos estudió en varias ciudades españolas y se licenció en Derecho por la Universidad de Granada. Trabajó como agregado diplomático en Madrid, donde conoció a Julián Sanz del Río, introductor del krausismo en España. En 1867 se unió a la protesta por el destierro de catedráticos progresistas, por lo que fue separado de sus labores docentes en la universidad. En el curso 1874-75 conoce a quien sería su mano derecha, Manuel Bartolomé Cossío. Por enfrentarse al gobierno de nuevo, es encerrado en el presidio militar de Cádiz, donde los intelectuales allí recluidos pergeñaron la idea de una Universidad Libre. Una vez liberado, el 29 de octubre de 1876 se inaugura el primer curso de la Institución Libre de Enseñanza, donde ejerce solo como profesor. En 1880 ya fue nombrado rector y director del Boletín de la Institución Libre de Enseñanza.

Giner de los Ríos viajó mucho y publicó diversos libros sobre pedagogía y política en los que expone las ideas que llevó a cabo en la Institución. Por sus aulas pasó lo más selecto de la cultura española del primer cuarto del siglo XX,

ya fuera en calidad de alumnos o de profesores: el gran poeta Juan Ramón Jiménez, el premio Nobel de Medicina Severo Ochoa, el presidente de la República Española Manuel Azaña, la insigne lexicógrafa María Moliner, el filósofo Ortega y Gasset y figuras de la talla de Miguel de Unamuno, Pedro Salinas o la filósofa malagueña María Zambrano. En su boletín escribieron los autores más importantes de la ciencia, la literatura y la filosofía europeas de la época: Santiago Ramón y Cajal, María Montessori, Charles Darwin, León Tolstoi, Bertrand Russell, Charles Darwin, Benito Pérez Galdós, Henri Bergson, H. G. Wells, Tagore, John Dewey, etc. En la Residencia de Estudiantes, creada por la Institución, dio una conferencia Albert Einstein en 1923 y en sus habitaciones vivieron la élite poética del siglo XX español: Federico García Lorca, Jorge Guillén, Manuel Altolaguirre, Rafael Alberti, ademas del cineasta Luis Buñuel y el pintor universal Salvador Dalí. Con semejante palmarés académico no cabe ninguna duda de la influencia que la ILE tuvo en la cultura española de todo el siglo XX. Y en sus aulas también estudió Antonio Machado.

Otras instituciones culturales surgieron del seno de la ILE, tales como el Museo Pedagógico Nacional, la Junta para la Ampliación de Estudios (germen del futuro CSIC), el Centro de Estudios Históricos, el Instituto-Escuela, la Colonias Escolares y la Misiones Pedagógicas, que impartieron enseñanza en más de 7000 aldeas olvidadas de la geografía española.

Se puede considerar que este proyecto audaz, nacido sin ningún tipo de apoyo institucional, inaugura en Europa lo que posteriormente se conoció como la Escuela Nueva, trece años antes que la *Abbotsholme* del Dr. Reddie, veintidós años antes de la creación de la *Landerziehungsheime* de Dr. Lietz y veintitrés antes de la francesa “Escuela de las rocas” de Demolins (Molero: 78). Más tarde se unirían a este cambio nombres como John Dewey en Estados Unidos y María Montessori en Italia.

La iniciativa privada que supuso la creación de la ILE obedecía a una reacción contra el control gubernamental y eclesiástico de la educación en todos los niveles. Su propuesta incide en ideas como la neutralidad ideológica, alejada del influjo del pensamiento religioso, el aprendizaje directo, desentendido de lo libresco, la autonomía del aprendizaje, procedimientos prácticos, el juego como actividad principal en las primeras edades . . .

Todas estas iniciativas influyeron en las ideas pedagógicas de cierto sector de la cultura española, entre la que se incluye Antonio Machado. Por desgracia, la Guerra Civil y la posterior dictadura franquista barrieron todas estas innovaciones haciendo volver la educación a un estado de autoritarismo, academicismo y dependencia de la Iglesia del que, en parte, está resultando difícil desprenderse incluso en fechas tan tardías como las actuales.

La admiración de Machado por Giner de los Ríos se evidenció en varios escritos en prosa y en el poema que iniciaba el libro *Elogios*. Los últimos versos nos hablan del afán regeneracionista que movió la España de la época y que, en el caso de Giner de los Ríos, se centraba en una gran reforma educativa (Machado, 2016: 244-5):

Su corazón reposó
bajo una encina casta,
en tierra de tomillos, donde juegan
mariposas doradas . . .
Allí el maestro un día
soñaba un nuevo florecer de España.

En otro escrito, fechado en Baeza y dedicado a la muerte del pedagogo, encontramos un magnífico semblante en el que Machado deja clara su concepción de la enseñanza y del aprendizaje:

“Detestaba don Francisco Giner todo lo aparatoso, lo decorativo, lo solemne, lo ritual, el inerte y pintado caparazón que acompaña a las cosas del espíritu y que acaba siempre por ahogarlas. Cuando veía aparecer en sus clases del doctorado –él tenía una pupila de lince para conocer a las gentes– a esos estudiantones hueros, que van a las aulas sin vocación alguna, pero ávidos de obtener a fin de año un papelito con una nota, para canjearlo más tarde por un diploma en papel vitela, sentía una profunda tristeza, una amargura que rara vez disimulaba.

Llegaba hasta a rogarles que se marchasen, que tomasen el programa H el texto B para que, a fin de curso, el señor X los examinase. Sabido es que el maestro no examinaba nunca.

(. . .)

Como todos los grandes andaluces, era don Francisco la viva antítesis del anda-

luz de pandereta, del andaluz mueble, jactancioso, hiperbolizante y amigo de lo que brilla y de lo que truena. Carecía de vanidades, pero no de orgullo; convencido de ser, desdeñaba el apparentar. Era sencillo, austero hasta la santidad, amigo de las proporciones justas y de las medidas cabales. Era un místico, pero no contemplativo ni extático, sino laborioso y activo. Tenía el alma fundadora de Teresa de Ávila y de Íñigo de Loyola; pero él se adueñaba de los espíritus por la libertad y por el amor. Toda la España viva, joven y fecunda acabó por agruparse en torno al imán invisible de aquel alma tan fuerte y tan pura" (AA. VV.).

Muchos rasgos de la personalidad de Giner de los Ríos son fácilmente detectables en la obra de Machado. En su famoso "Retrato" de Campos de Castilla declaró su gusto por la sencillez y su rechazo a lo ostentoso: "desdeño las romanazas de los tenores huecos". En el poema XXVIII de *Proverbios y cantares* Machado huye de lo hiperbólico y estentóreo (Machado, 2016: 286):

Cantores, dejad
palmas y jaleo
para los demás.

En la soleá con número LCCCVIII deja más clara su vocación antibarroca, tan propia de una parte del arte andaluz (Machado, 2016: 297):

El pensamiento barroco
pinta virutas de fuego,
hincha y complica el decoro.

Su talante amable y su método socrático de enseñanza, que más tarde sería el eje de *Juan de Mairena*, con toda seguridad sirvieron al poeta como modelo cuando inició su carrera docente en Soria.

4. Alumno y profesor

Como ya hemos adelantado, en 1883, a la edad de ocho años nuestro poeta ingresa en la Institución Libre de Enseñanza. Tendrá como profesores al malagueño Francisco Giner de los Ríos, a Manuel Cossío, Joaquín Costa y otros. Entre sus

compañeros se cuentan personajes como Julián Besteiro, que más tarde llegó a ser presidente del Partido Socialista Español, presidente de las Cortes, secretario general de la central sindical UGT, diputado y Consejero de Estado.

La asistencia a este colegio viene motivada, entre otras razones ideológicas, por la amistad que mantenían su abuelo Antonio y Fº Giner de los Ríos, ambos abandonados del krausismo en España.

Durante las actividades extraescolares el joven Machado descubrió la belleza de la naturaleza, sobre todo la sierra de Guadarrama, lo que influiría grandemente en el imaginario de su poesía. De esta etapa guarda un hermoso recuerdo, no así de la universidad, que acabó provocándole, según confiesa en su autobiografía, “una gran aversión a todo lo académico”. Aquí tenemos ya una de las claves de sus ideas pedagógicas, inspiradas por el ideario de la Institución Libre de Enseñanza.

Una vez concluida la educación primaria, era necesario realizar una prueba en un instituto externo, el San Isidro, para acceder al bachillerato. Curiosamente él, uno de los poetas más importantes que ha dado la lengua española, no supera la asignatura de Lengua, ni la de Latín. Más tarde acude ya como alumno al instituto Cardenal Cisneros. Esta época coincidió con una mala situación económica de la familia, que obligó a su padre a emigrar a Puerto Rico, donde trabajó como abogado y contrajo tuberculosis. Murió en Sevilla en 1893.

Inmerso junto a su inseparable hermano Manuel en la vida bohemia de Madrid, frecuentaba tablaos y tertulias e incluso llegó a actuar en la compañía de María Guerrero como meritorio, es decir, figurante sin texto. Esto provocó que el bachillerato se alargara demasiado y lo terminó con 24 años en 1900. Aprueba el acceso a la universidad, movido por su interés por asistir a las clases del catedrático de Sociología Manuel Sales y Ferré, amigo de su padre. Su carrera universitaria también se dilata en exceso. En este periodo continúa con su vida social en Madrid, visita París y publica sus primeros poemas en la revista *Electra*, creada tras el escandaloso estreno de la obra teatral anticlerical del mismo nombre, de Benito Pérez Galdós. En 1903 publica su primer libro, *Soledades*.

Los problemas económicos continúan y Antonio Machado piensa ingresar en el Banco de España, pero tiene mala letra. Consigue mejorarla en una academia, aunque al final decide no presentarse a las oposiciones.

Fue precisamente Giner de los Ríos quien, teniendo en cuenta el conocimiento

del poeta sobre la lengua francesa, le recomendó que se presentara a una plaza de profesor de instituto, para lo cual en aquellas fechas solo era necesario tener el título de bachiller, ya que esta asignatura se consideraba de poca importancia para el currículum. En 1906 se suspenden las oposiciones que había comenzado y se le califica como “apto” para continuar el proceso. El tercer ejercicio se realiza en 1907 y le corresponde en suerte exponer sobre el verbo. El cuarto consistía en un ensayo, una traducción al francés y un ejercicio práctico pedagógico con alumnos, en el que defendió el tema “El teatro como medio educativo”. Al final del proceso, en 1907, el poeta obtiene el quinto puesto y de entre las posibles plazas se inclina por la pequeña (pero cercana a Madrid) ciudad de Soria. Comienza aquí su periplo como profesor de instituto.

En Soria entra en contacto con el paisaje castellano, que tanto influirá en su obra, sobre todo en el famoso libro *Campos de Castilla*. Allí conoció a la joven Leonor, con quien se casaría. El primer año solo tuvo siete alumnos en primero y ocho en segundo, de ahí que tuviera tiempo para conocer la ciudad y los campos circundantes. Preparó una segunda edición ampliada de su primer libro, al que tituló *Soledades. Galerías. Otros poemas*. En la prensa local comienza a publicar artículos que sorprenden a la aletargada ciudad. No entienden que un miembro de una familia de intelectuales, que podría haber sido un cacique andaluz, llegue a la ciudad a difundir ideas contestatarias y progresistas. En un artículo publicado el 2 de mayo para rememorar el levantamiento español contra las tropas francesas, proponía una visión nueva del patriotismo:

“Sabemos que la patria es algo que se hace constantemente y se conserva sólo por la cultura y el trabajo. El pueblo que la descuida o abandona, la pierde, aunque sepa morir. Sabemos que no es patria el suelo que se pisa, sino el que se labra” (Gibson: pos. 3996).

Debemos suponer que la relación de Machado con sus alumnos era muy buena ya que los resultados académicos fueron excelentes. En primer curso da un sobresaliente con opción a matrícula de honor, tres notables y cinco aprobados. En segundo, donde se encuentra matriculada una muchacha, entrega tres sobresalientes con opciones a matrícula de honor y cinco aprobados. Esta costumbre de nunca suspender a los alumnos proviene, por un lado, de su maestro Giner de los Ríos,

quien no realizaba exámenes y por otro, de su rechazo al sistema educativo, basado en pruebas que exclusivamente miden la capacidad memorística de información de escasa utilidad, que no incentiva el espíritu crítico ni prepara para enfrentarse al mundo real. El maestro de nuestro poeta opinaba que “el examen, aún rodeado de todas las precauciones posibles, como son la pluralidad de actos, la mayor duración, el carácter familiar, con la consiguiente ausencia de toda solemnidad, excepción y aparato, será siempre impotente para reemplazar la prueba variada y continua que el alumno, colocado en las condiciones normales de su vida diaria dentro de la clase misma, da involuntariamente de sí propio ante el profesor” (Giner: pos. 1154).

Un alumno de la ILE como él seguro que materializó una pedagogía más activa e interactiva, más práctica y centrada en la individualidad del alumno.

Tras la temprana muerte de Leonor, Machado se traslada a Baeza, lugar que no es totalmente de su agrado, según vemos en una carta que le envió a Miguel de Unamuno en 1913:

“Esta Baeza, que llaman la Salamanca andaluza, tiene un Instituto, un Seminario, una Escuela de Artes, varios colegios de Segunda Enseñanza, y apenas sabe leer un treinta por ciento de la población. No hay más que una librería donde se venden tarjetas postales, devocionarios y periódicos cléricos y pornográficos. Es la comarca más rica de Jaén, y la ciudad está poblada de mendigos y de señoritos arruinados en la ruleta” (González: 34).

Allí permaneció siete años, durante los cuales estudia por libre Filosofía y Letras. Aislado de sus amigos y hermanos, recibe algunas visitas y pasea por la hermosa naturaleza que rodea al pueblo. Pide traslado a Madrid, pero se le concede la también cercana ciudad de Segovia, lo que le permite ir y volver a la capital cada fin de semana. Fue en el ayuntamiento de esta ciudad donde Machado izó la bandera republicana el 14 de abril de 1931. Una vez finalizados los estudios de Filosofía y Letras, por fin puede impartir clases en institutos madrileños, primero el Calderón de la Barca y más tarde el Cervantes. Tras el estallido de la Guerra Civil, se le recomienda evacuar la capital, a lo que se niega. Después de insistirle varias veces, según contó más tarde el poeta de la Generación del 27 Rafael Alberti, accede a trasladarse, junto a su madre y hermano José, a la localidad valen-

ciana de Rocafort, donde vivirá hasta 1938. Cuando la guerra estaba en sus últimos momentos, marchan a Barcelona y poco después, a la localidad francesa de Collioure, donde falleció el 22 de febrero de 1939.

La idea de la difusión de la cultura y la educación recorrió toda la trayectoria vital y poética de Machado, no ya solo en su labor estrictamente docente, sino en artículos como “Sobre la pedagogía” (*El Porvenir Castellano*, 1913) o “Política y cultura” (*El Porvenir Castellano*, 1912). La gran preocupación de nuestro autor era la falta de formación y cultura del campesinado español, ese pueblo llano, cerrado en la complacencia de su ignorancia, del que dijo en *Campos de Castilla* (Machado, 2016: 225-6):

La España de charanga y pandereta,
cerrado y sacristía,
devota de Frascuelo y de María,
(. . .)
Esa España inferior que ora y bostezá,
vieja y tahúr, zaragatera y triste;
esa España inferior que ora y embiste,
cuando se digna usar de la cabeza.

Esta España analfabeta que, como dijo en otro de sus versos del mismo libro, “desprecia cuanto ignora” es la causa de todos los males políticos y económicos del país, la que ha elevado al poder a políticos sin moral, pendientes de sus beneficios más que del porvenir de la patria. En opinión de Myriam Carreño, para Machado no era suficiente una labor de difusión de la cultura y la educación desde arriba, sino que,

“. . . afirma la necesidad de una pedagogía fundada en esa interrelación: cultura académica/cultura popular, maestros/alumnos, una interrelación que exige el conocimiento de aquéllos a los que va dirigida esa acción educativa. Los cultos deberán estar alertados de que su labor ha de conllevar, como premisa ineludible, la del previo sondeo del alma popular, el conocimiento de las peculiaridades y potencialidades de la mente del hombre concreto que se quiere educar” (Carreño: 127).

Esta misma relación entre docente y discente la aplica Machado a lo que ahora podríamos llamar metodología del aula: un sistema socrático, ni academicista, ni autoritario, que lo conduce irremediablemente al acercamiento y a la reciprocidad con el alumno:

“¿Cómo puede un maestro, o, si queréis, un pedagogo, enseñar, educar, conducir al niño sin hacerse algo niño a su vez y sin acabar profesando un saber algo infantilizado? Porque es el niño quien, en parte hace al maestro (. . .) El niño nos revela que casi todo lo que él no puede comprender apenas si merece ser enseñado, y, sobre todo, que cuando no acertamos a enseñarlo es porque nosotros no lo sabemos bien todavía” (Machado, 2019, I: 294-5).

Detrás de esas palabras se pueden oír las que escribió Giner de los Ríos en *Educación y enseñanza*: “Para tratar con niños es menester hacerse niño; para enseñar a adultos ignorantes, hay que hacerse (pero no serlo) ignorante” (Giner, pos. 768).

Curiosamente en la novela *Botchan* de Natsume Soseki encontramos ideas parecidas a estas:

“El director me dijo que tenía que convertirme en un modelo para los estudiantes y que debía, por tanto, comportarme en consonancia. También me dijo que un verdadero pedagogo es aquel que no sólo imparte conocimientos, sino que ejerce una influencia moral positiva en sus alumnos” (Soseki: pos. 448).

En otro fragmento de *Juan de Mairena* se presenta al profesor no como un simple comunicador o esparcidor de ideas, sino como un sembrador del pensamiento sobre un terreno abandonado, colocándose de nuevo en la línea socrática, que proponía sacar la verdad que hay de forma natural en cada cual, al margen de los conocimientos librescos:

“Vosotros sabéis que yo no pretendo enseñaros nada, y que solo me aplico a sacudir la inercia de vuestras almas, a arar el barbecho empedernido de vuestro pensamiento, y yo diría, mejor, a sembrar preocupaciones y prejuicios; quiero decir juicios y ocupaciones previos y antepuestos a toda ocupación zapatera y a todo juicio de pan llevar” (Machado, 2019, II: 293-4).

La dialéctica del “yo” del maestro y el “tú” del alumno coincide conceptualmente con la relación poeta/lector, tal como aparece en algunos de los “Proverbios y cantares” de *Nuevas canciones* (Machado, 2016: 287 y 290):

XXXVI

No es el yo fundamental
eso que busca el poeta,
sino el tú esencial.

L

Con el tú de mi canción
no te aludo, compañero;
ese tú soy yo.

Este carácter dialógico de la filosofía y la pedagogía machadianas está en la línea de grandes pensadores y sabios de la antigüedad. Como ya hemos comentado, Sócrates basaba todo su sistema en sacar del interlocutor la verdad mediante preguntas y diálogos. En Oriente podemos encontrar dos ejemplos significativos. La escuela Rinzai del budismo zen basa parte de su pedagogía en el diálogo entre maestro y discípulo, tanto en el momento de emitir el *koan*, como en el seguimiento que se realiza en las entrevistas llamadas *dokusan*. Por su parte, Confucio, que animó durante siglos todos los sistemas educativos de países como China o Japón, también práctico la mayéutica socrática.

“Abandonando los métodos tradicionales de embutir los conocimientos en los alumnos, Confucio inicia una instrucción mayéutica e inductiva para motivar en la medida de lo posible el interés y la iniciativa de sus discípulos” (Yonxing).

Veamos a continuación cómo Machado también plasma sus ideas pedagógicas en la poesía.

5. Algunas reflexiones sobre la educación en el poema “Recuerdo infantil”

Para concluir este artículo queremos comentar brevemente uno de los poemas más

conocidos de nuestro autor, que forma parte de *Soledades*, publicado en 1903, ya que condensa de forma contundente su visión de la educación en la España de la época. Como toda la obra de Machado, el poema puede ser interpretado en profundidad desde muchos puntos de vista, pero aquí solo nos centraremos en el contenido relacionado con la educación (Machado, 2016: 84).

Recuerdo infantil

Uma tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de lluvia tras los cristales.
Es la clase. En un cartel
se representa a Caín
fugitivo, y muerto Abel,
junto a una mancha carmín.
Con timbre sonoro y hueco
truena el maestro, un anciano
mal vestido, enjuto y seco,
que lleva un libro en la mano.
Y todo un coro infantil
va cantando la lección:
«mil veces ciento, cien mil;
mil veces mil, un millón».
Uma tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de la lluvia tras los cristales.

Construido con cuartetas de rima consonante, tan cercanas a las populares coplas que estudió su padre, Demófilo, el poema ofrece varios puntos de interés desde el punto de vista del contenido, reforzados por la perfección formal.

Lo primero que resalta, tras una primera lectura, es la estructura cíclica, símbolo de una situación inamovible, la del sistema educativo (y la de España por exten-

sión), que gira sobre sí mismo sin permitir avances. Esta impotente infinitud se resalta con la repetición automática e hiperbólica de las cifras que cantan los niños. Es como si los alumnos formaran parte de una serie infinita que ha estado recibiendo la misma letanía desde tiempos inmemoriales de forma mecánica y carente de significación. El carácter cíclico de la situación descrita se anuncia ya con el encabalgamiento brusco de la primera estrofa, que resalta en posición final de rima la palabra “Monotonía”. La crítica debe mucho a las ideas de la Institución Libre de Enseñanza, que apostó por lo que ahora llamamos el aprendizaje significativo, alejado de la memorización acrítica y del “hábito de la memoria mecánica y pasiva” (Giner: pos. 591)

El profesor “que lleva un libro en la mano” y que “truena” en el aula “con timbre sonoro y hueco” es el perfecto representante de la autoridad educativa, basada en una cultura libresca y academicista, que fomenta en el alumnado la apatía que refleja la escena. Para Giner de los Ríos, la juventud necesitaba “trabajar más, sentir más, pensar más, querer más, jugar más, dormir más, comer más, lavarse más, divertirse más” (Giner: pos. 601).

La misma lluvia que acompaña por fuera la escena que nos describe Machado puede simbolizar las lágrimas del observador, que contempla impotente tras el cristal el triste devenir de una educación sin sentido que martiriza a los niños.

Las cifras enormes que estos recitan contrastan vivamente con la austeridad y la pobreza del aula. Parece que esos miles y millones serán cantidades que nunca tendrán que manejar los alumnos de esta escuela que, aunque no se dice directamente, es pobre. Esto lo sabemos por el profesor, un “anciano” cuya edad nos habla de la falta de renovación del personal y cuyo aspecto (“mal vestido”) nos da a entender unas condiciones laborales deficientes. En España hasta hace bien poco existía un dicho que partía de esta realidad social y cultural: “Pasa más hambre que un maestro de escuela”.

La influencia de la educación en la obra de Machado es importante, hasta el punto de que a lo largo de los años fue publicando en la prensa una serie de diálogos y reflexiones, puestas en boca, precisamente, de un profesor apócrifo, Juan de Mairena, reunida tiempo después en un libro. Podemos intuir la metodología del poeta-profesor, basada en una idea del diálogo como centro de la actividad. Para Machado el alumno no puede ser nunca un pasivo receptor de con-

tenidos que repite de forma más o menos mecánica o inconsciente. El contraste entre Mairena y el maestro de “Recuerdo infantil” que hemos comentado es más que evidente. Mairena es un cuestionador nato, un *excitator*, tomando el término del apodo que se le dio a Unanumo (*Excitator Hispaniae*). Pone en tela de juicio muchos conceptos consabidos de diversas ramas del saber: poesía, teatro, filosofía, religión . . . y educación. Sus primeras palabras resultan especialmente significativas (Machado, 2019, I: 75):

La verdad es la verdad, dígalo Agamenón o su porquero:
Agamenón. —Conforme.
El porquero. —No me convence.

Con este breve diálogo Machado plantea muy sintéticamente dos premisas de su visión de la educación. Por un lado, la verdad no existe, el saber debe ser construido de forma dinámica entre el transmisor del saber (el profesor) y el receptor (el alumno), que no acepta el adagio que se plantea al inicio. Por otro, el porquero, es decir, el pueblo, el depositario del auténtico saber, aquel que estudió el padre del poeta en las coplas y el flamenco, debe cuestionar la formación que recibe por parte de la supuesta lógica del saber académico e institucional. Es evidente el contraste entre la respuesta viva y valiente del porquero y la letanía incomprensible y mortecina de los niños que repiten cifras astronómicas que nunca manejarán ni comprenderán.

En conclusión, podemos decir que la vida docente de Machado y sus ideas sobre la educación en el seno de la sociedad forman un todo coherente en el que el poeta, siguiendo la estela de su propia familia y de la Institución Libre de Enseñanza, propugnó un cambio de paradigma educativo que contribuyera a cambiar para siempre esa España decaída y corrupta, que acababa de perder en 1898 los últimos restos de un imperio mundial.

Referencias bibliográficas

- AA. VV. “La Institución Libre de Enseñanza”, CSIC, Museo Virtual de la Ciencia, http://museovirtual.csic.es/historia_csic/hh2.htm
ÁLVAREZ LÁZARO, P. F y J. M. VÁZQUEZ-ROMERO (eds.) (2005): *Krause, Giner y la*

- Institución Libre de Enseñanza. Nuevos estudios*, Universidad Pontificia de Comillas, Madrid.
- CARREÑO, M. (1999): “Las ideas de Antonio Machado sobre pedagogía”, *La educación en España a examen (1898-1998)*, Ministerio de Educación y Cultura e Instituto Fernando el Católico (Diputación de Zaragoza), pp.123-132.
- GIBSON, I. (2006): *Ligero de equipaje*, Madrid, Aguilar, (e-book).
- GINER DE LOS RÍOS, F. (1889): *Educación y enseñanza*, Biblioteca Nacional de España, (e-book, red.es a partir del original), Madrid.
- GONZÁLEZ, Á. (1986): *Machado*, Madrid, Júcar.
- MACHADO, A. (2016): *Poesías completas*, (ed. de Manuel Alvar), Madrid, Austral.
- MACHADO, A. (2019): *Juan de Mairena*, Madrid, Cátedra, Letras Hispánicas (dos tomos).
- MACHADO Y ÁLVAREZ, A (1881): *Colección de Cantes Flamencos recogidos y anotados por Demófilo*, Sevilla, Imprenta El Porvenir, Manuscrito de la Biblioteca Nacional de España, (e-book), Madrid.
- MOLERO PINTADO, A. (2000): *La Institución Libre de Enseñanza. Un proyecto de forma pedagógica*, Biblioteca Nueva, Memoria y Crítica de la Educación, Madrid.
- SOSEKI, N. (2012): *Botchan*, Impedimenta, Madrid (e-book).
- YONGXIN, L. (2003): “Confucio: Pedagogía y Práctica (III)”,
<http://www.chinatoday.com.cn/hoy/200312/18.htm>.